

LAS FRONTERAS DEL MAPA DE LA “LITERATURA ARGENTINA” DE MEDIADOS DEL SIGLO XX: EL CASO DE HÉCTOR TIZÓN Y LA TRASGRESIÓN DE LOS LÍMITES NACIONALES

Emiliano Matías Campoy¹⁰

RESUMEN: La crítica especializada en literatura argentina suele señalar que la obra de Héctor Tizón ocupa un lugar marginal en el marco de la literatura nacional. Este desplazamiento ha sido una marcada tendencia de una crítica que se gesta desde la capital de un país que cuenta con una larga tradición centralista y que tiende a concebir a toda obra que se crea más allá de los límites de Buenos Aires a partir de rótulos, por lo general peyorativos, como los de “literatura del Interior” o literatura regional. El propósito de este trabajo es cuestionar la validez de ese mapa que se traza desde la metrópoli argentina, en la que se concentra el grueso de la crítica, tomando como punto de partida las reflexiones de un escritor que deliberadamente vivió y escribió desde un espacio apartado geográficamente y culturalmente de Buenos Aires. En este planteamiento cobra interés la noción de frontera pues permite indagar la cartografía desde la que se piensa la literatura nacional y, aún más, obliga a reflexionar sobre la existencia de una literatura acotada a los límites nacionales. La reconfiguración del trazado de ese mapa literario se realiza a partir de la idea de región literaria, concebida a partir de un carácter transnacional, es decir, como superadora de las demarcaciones de los estados nacionales. Esta apertura encuentra su justificación en la necesidad de reintegrar espacios geosocioculturales divididos por arbitrarias fronteras políticas. Esta mirada permitiría, en última instancia, valorar la obra de Tizón en el marco de una tradición latinoamericana en la que ya no se concibe desde la marginalidad por medio de la identificación con otras propuestas narrativa, fundamentalmente la de aquellos escritores a los que Ángel Rama denomina como transculturadores.

¹⁰ Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina) y Profesor de Literatura Hispanoamericana II. Miembro del Instituto de Literaturas Modernas en la Facultad de Filosofía y Letras (UNCuyo-Argentina). Desarrolla sus actividades de investigación en el CILHA (Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana).

Palabras claves: Literatura argentina – Región literaria – Frontera – Héctor Tizón – Marginalidad

ABSTRACT: Criticism specializing in Argentinian literature usually indicates that Hector Tizón has a marginal place in the national literature. This displacement has been a marked trend of a criticism that is beginning in the capital of a country that has a long centralist tradition that tends to see all the literature that is created beyond the limits of Buenos Aires from labels, usually derogatory, such as “literatura del interior” or “regional literature”. The purpose of this paper is to question the validity of that map that is configured from Argentina metropolis, where much of the criticism focuses, taking as its starting point the reflections of a writer who lived and wrote deliberately from a space geographically and culturally distant from Buenos Aires. In this approach, is interest the notion of border because it allows to investigate the map from which has been designed the national literature and, even more, forces to reflect on the existence of a literature bounded to national boundaries. The reconfiguring the layout of the literary map is made from the idea of literary region, conceived from a transnational character, that is to say, as superadores of the boundaries of national states. This opening is justified by the need to reintegrate geosocioculturales spaces divided by arbitrary political boundaries. This look would assess, ultimately, the literature of Tizón in the framework of a Latin American tradition in which it is no longer conceived from marginality through identification with other narrative proposals, mainly those writers who Angel Rama termed as transculturators.

Keywords: Argentinian literature – Literary region – Border literature – Héctor Tizón – Marginality

La idea de una literatura nacional, dotada con particularidades típicas e irrepetibles, ajenas por completo a las demás, es un anacrónico invento del siglo XIX.

Jorge Volpi

Hay una propensión nacionalista a mirar la Argentina como dos diversidades contrapuestas. La Argentina que arranca desde Córdoba hacia el norte, penetrando por Bolivia hasta el corazón del continente, sería nuestra continuidad auténtica con el pasado indígena y por lo tanto nuestra cuota de americanidad en el país disperso que constituimos; la otra, la que viene hacia el litoral, sería la pampa gringa, traspaso de Europa bastardamente injertado sobre el tronco legítimo.

Héctor P. Agosti

La condición de “francotirador” o “narrador furtivo” con la que Héctor Tizón¹¹ se identifica y define proviene de la posición marginal que ocupa su obra en el panorama de la llamada literatura argentina. Tal y como ha observado Marta Castellino: “El proyecto escriturario de Héctor Tizón aparece como uno de los más sólido y valiosos de la literatura argentina a partir de la segunda mitad del siglo XX” (CASTELLINO, 2002, p. 125). No obstante, este autor es uno de esos escritores que difícilmente puedan ubicarse en un movimiento o señalarse como integrante de una determinada generación literaria, pues, como sostiene Carmen Real, “[...] habría que señalar expresamente más las diferencias que las semejanzas por las particularidades que reviste su obra” (REAL, 1982, p. 420). Ciertamente, el autor mismo parece advertir esta dificultad tal y como lo demuestra el título del ensayo que abre su libro *Tierras de frontera* (2000),

¹¹ Nació en 1929 en Rosario de la Frontera, provincia de Salta, y murió en 2012 en San Salvador de Jujuy, provincia de Jujuy.

“Soy un ejemplar de frontera”. Acerca de ese título, Leonor Fleming sostiene:

La afirmación involucra tanto al hombre como al escritor (dos sustantivos posibles que aquella frase, justamente, evita), es decir, la biografía en la que se reconoce y la dirección de su escritura. Pero en esta escueta aunque nada ingenua frase hay más; con reminiscencias de ceterería, la palabra ‘ejemplar’ insinúa la noción de ‘raro’, en el sentido de escaso y excéntrico, lo que sitúa de paso la obra como descentrada en el mapa de la literatura nacional (FLEMING, 2006, p. 15).

Sin duda, el hecho de haber nacido en una tierra de múltiples fronteras (cultural, idiomática), entre las que la territorial es tal vez la menos evidente y determinante, no es ni puede ser un hecho menor en la vida y, fundamentalmente, en la obra de un escritor. Tal vez ese extrañamiento que le provoca vivir y escribir desde una frontera sea la causa primera que lo ha llevado a una constante reflexión sobre su propia vida y su obra. La frontera, concepto clave en su poética –según han observado no pocos estudiosos abocados a sus creaciones literarias y entre los que sobresalen los trabajos de Fleming y Massei–, por lo general adquiere tintes de marginación o de descentramiento. La relación ambigua que propone la frontera, la sensación de inestabilidad, de sentirse adentro y afuera, impulsa, a su vez, la búsqueda de una autoafirmación. El hecho de pertenecer a una cultura híbrida o mestiza donde no siempre el encuentro de la cultura altoperuana y la del resto de la Argentina –rioplatense o pampeana–, resultó armónico, lo llevó, como a tantos otros escritores latinoamericanos, a una constante indagación de la propia identidad. Búsqueda que también se pone de manifiesto en la propia escritura.

Es por esto que no han faltado estudios que aborden la obra de Tizón desde ese lugar periférico (Cohen Imach) o marginal (Massei) respecto al mapa de la literatura nacional. Sin embargo, como ha observado Juan José Saer, el concepto de “marginal” por lo común “encubre un litigio ideológico”. Esto lleva al autor de *El limonero real* a afirmar: “Rara vez un escritor se autocalifica como marginal, ya que cada escritor, por la esencia misma del arte literario, postula su propia obra como un intento de englobar la existencia en su conjunto. En realidad, es la tradición oficial la que crea a los marginales, como la Iglesia a los herejes” (SAER, 1998, p.

109). En efecto, el carácter marginal de la obra de Tizón es sólo observable si se admiten las líneas divisorias, es decir, las fronteras que críticos y estudiosos han inventado para trazar el mapa de la literatura argentina que tiende a erigirse desde la metrópolis, donde se asientan las instituciones y estructuras críticas hegemónicas. Entonces, la supuesta marginalidad de la región noroeste de la Argentina (NOA) se determina a partir de su relación con el centro cultural del país.

Ese mapa de la literatura que se va trazando desde el centro mismo que irradia el conocimiento recuerda a los realizados por los cartógrafos medievales quienes al llegar a los límites del mundo conocido, dejaban los espacios en blanco y salvaban su desconocimiento con la inscripción en latín: *Hic sunt leones*, que en español puede traducirse como “Aquí hay leones”. Con la misma soltura, desde la región metropolitana, la crítica hegemónica, al referirse a la producción que se realiza más allá de los límites de Buenos Aires, no duda en impartir el consabido rótulo de “literatura regional”. De ahí que Tizón haya señalado:

Algunos suelen hablar de escribir desde el, **interior**, desde los bordes, o desde el “centro”. ¿Cuál es el centro y cuáles los bordes? El problema es muy notable en nuestro país que, a mi juicio, ha reemplazado o superpuesto veleidosamente su identidad por apariencias voluntaristas: el “centro”, lo metropolitano por encima del resto del país, que vienen a ser como entequeias inaprehensibles, aunque todos sepamos de qué estamos hablando cuando hablamos de eso. El viejo discurso –que aún a veces inficiona la crítica literaria sedicentemente académica, las reseñas o notas periodísticas superficiales– insistía sobre el esquema neocolonial: “Buenos Aires-interior”. ¿Qué es lo metropolitano, quién lo encarna, dónde está localizado, cómo se identifica el lugar de poder? Pensar en estos términos no tiene ya razón de ser aunque seguimos practicando ese esquema, como seguimos hablando de la “salida” y la “puesta” del sol conforme al modelo ptolomeico (TIZÓN, 2004, p. 67-68).

Es por esto que en uno de sus ensayos, Héctor Tizón postula que la literatura argentina se enmarca en un mapa escindido que se configura a partir de dos extremos

[...] acumulación e incluso confusión aluvional de sucesivas oleadas migratorias en el centro o área de influencia portuaria, y despueblo, empobrecimiento y decadencia del Interior [...] En una están concentrados los medios, la información, la difusión, las editoriales y la crítica, y en la otra no hay casi nada o muy poco y este poco por reflejo, reflejo incluso de segunda mano (ídem, p. 46).

De ahí que Tizón advierta que un escritor que vive lejos de la zona metropolitana y realiza su labor desde el denominado Interior del país carece de la necesaria “[...] infraestructura sociocultural que lo posibilita o al menos lo abriga, lo contiene y lo estimula” (ídem, íbidem). Para suplir esa orfandad, según señala Tizón, escritores “notablemente provincianos” como Leopoldo Lugones o Sarmiento, entre los más destacados, abandonaron sus respectivos lugares de origen y se radicaron en Buenos Aires, la cual, de una forma u otra, “[...] los *nacionalizó*, los rescató de lo que inevitablemente debió haber sido un penoso y castrador protagonismo de francotiradores” (ídem, p. 47). A partir de su propia experiencia, Tizón señala que los escritores que realizan su producción desde distintos puntos del Interior del país son “[...] narradores furtivos, francotiradores, aguafiestas desconfiables y sospechosos, perturbadores de la larga y embotante siesta que intelectualmente nos asfixia; apenas tolerados a regañadientes en la medida en que el país del centro nos otorga el halo equívoco de una suerte de consagración nominal” (ídem, íbidem)¹².

Aunque toda buena literatura rebasa siempre las fronteras nacionales, pues las obras de creación pertenecen a la humanidad entera, todo autor escribe desde un lugar determinado, el cual, a su vez, determina su escritura. Hablar de literatura argentina es un modo de establecer un campo de estudio con límites definidos y referido a una producción cultural que, más allá de las corrientes estéticas en que se reconoce y que

¹² Ángel Rama señala: “El novelista hispanoamericano sufre un desamparo cultural nacional, del que a veces puede recuperarse por el lado del folclorismo [...] y del que normalmente trata de liberarse mediante su incorporación a la cultura universal de ese momento, que le presta la familia cultural necesaria aun a costa de evidentes falsificaciones” (RAMA, 2008, p. 67). En relación con la primera solución de las que habla Rama, Tizón comenta que existen escritores que “[...] han asumido el mote de ‘regionalistas’ como un modo de aceptación del paternalismo central y se dedican a practicar el ‘folclorismo’ como un rol asignado en el reparto y ya ni sienten la humillación de la derrota porque la olvidaron, es decir que fueron doblemente derrotados” (TIZÓN, 2000, p. 45).

en principio la diferencia de otras literaturas nacionales, está determinada a partir de los jalones que han ido modelando su historia. No obstante, lo que se denomina literatura argentina es una literatura elaborada en un país que si bien se integra a un contexto más amplio, como es el latinoamericano, tiene, a su vez, rasgos que la diferencian. Principalmente porque como recuerda Carlos Fuentes:

Una vieja *boutade* dice que los mexicanos descienden de los aztecas, los peruanos de los incas y los rioplatenses de los barcos. Ciudad sin historia, Buenos Aires necesita nombrarse a sí misma para saber que existe, para inventarse un pasado, para imaginarse un porvenir: no le basta, como a la Ciudad de México o a Lima, una simple referencia visual a los signos del prestigio histórico (FUENTES, 1972, p. 25).

Claro que la afirmación debe matizarse, pues al igual que el resto de los países latinoamericanos, Argentina cuenta con un doble pasado, una herencia doble, la propia y la europea¹³. No obstante, como se ha dicho, es un país de larga tradición centralista que no siempre ha considerado relevante para la conformación de su identidad cultural la impronta de la cultura autóctona de ascendencia prehispánica, que sobrevive en sus fronteras después de haber sufrido largos años de mestizaje y campañas de exterminio. Con todo, las palabras de Fuentes tal vez permitan comprender por qué en Argentina, la ciudad y la urbanización ganaron terreno en la literatura antes que en otras áreas del continente. Hecho que, como ha observado Ángel Rama, impidió el florecimiento de las literaturas regionales:

El centralismo porteño triunfa sobre tierra arrasada e impone sobre un vasto territorio una literatura, no sólo bonaerense sino nacida entre dos calles, Florida y Boedo. La ciudad genera un nuevo espacio, un nuevo esquema referencial, un sistema de valores distintos, que hace del

¹³ Aunque se podrían recordar aquí, claro está, las palabras de Canal Feijóo quien afirmaba que “[...] lo americano no es sino ‘eso’ que desconcierta, o desazona, e impacienta, y desanima o enfurece al espíritu argentino, y casi todos los demás países aceptan y exaltan (no siempre de una manera muy lúcida)” (FEIJÓO, 1954, p. 105).

resto del país algo lejano en el tiempo (RAMA, 2008, p. 155)¹⁴.

A partir del surgimiento de la ciudad, de esa Buenos Aires cosmopolita que Darío saluda en las “Palabras liminares” de sus *Prosas profanas*, la cultura del llamado “Interior” del país es valorada como algo arcaico, ingenuo, como las reliquias de un pasado remoto. Esta distancia espacial y temporal que se establece entre las dos áreas culturales también ha sido señalada por Antonio Cándido para quien “[s]olamente en los países de absoluto predominio de la cultura de las grandes ciudades, como la Argentina, el Uruguay y quizá Chile, la literatura regional se ha vuelto un real anacronismo” (CÁNDIDO, 1986, p. 351). De este modo, el punto de partida de la literatura de los escritores latinoamericanos nacidos alrededor de 1940 es, como señala Antonio Skármeta, “[...] la urbe latinoamericana –ya no la aldea, la pampa, la selva, la provincia– caótica, turbulenta, contradictoria, plagada de pícaros, de masas emigrantes de los predios rurales traídos por la nueva industrialización” (SKÁRMETA, apud RAMA, 1984, p. 268).

Estos cambios permiten comprender por qué, en 1972, Cándido advertía que “[...] muchos autores rechazarían como defecto el calificativo de regionalista” (CÁNDIDO, 1986, p. 353). Ciertamente, el término “regionalista”, no es un concepto que, aplicado a la literatura en América Latina en general y en Argentina en particular, haya sido usado siempre ingenua e inocentemente, pues en no pocas oportunidades se lo ha cargado de matices peyorativos a la hora de imponerlo, como una especie de sambenito, tanto a escritores como a las obras que estos producen¹⁵.

En no pocas oportunidades, Tizón ha expresado su disconformidad con los rótulos de “literatura regional” que le ha impuesto a su obra el sistema literario nacional erigido desde Buenos Aires. La división entre escritores que realizan su labor desde la Capital Federal, a los que sin discusión se los reconoce como escritores argentinos, y los que escriben

¹⁴ Ángel Rama advierte que, dentro de América Latina, Buenos Aires “[...] es un país distinto [...] que ya ha dado en lo que va del siglo, una literatura característica, con rasgos prototípicos que parecen nacer de la vivencia monstruosa de la ciudad y que permiten envolver en una misma red a orientaciones narrativas que se presentan como opuestas y enemigas en la vida literaria de la ciudad” (RAMA, 2008, p. 63).

¹⁵ Baumgart, Crespo de Arnaud y Luzzani Bystrowicz advierten que se trata de un “[...] concepto de connotaciones negativas, que implica la exaltación de los valores propios de un lugar o de una comarca como respuesta a una situación de marginación, de minusvalía histórica” (1981, p. 242).

desde otros puntos del país (denominados genéricamente como “escritores del Interior”) es un claro síntoma de la invertebración propia de la cultura dentro del territorio argentino. De esta forma, como oportunamente advertía Tizón, Buenos Aires es el lugar de succión de las riquezas pero también de los hombres y de la cultura del resto del país; pero, además, establece una colonización cultural sobre el resto de las provincias argentinas imponiendo una imagen de cómo debe ser un escritor del Interior: “Cuando uno en el zoológico va a la jaula de un mono, espera ver un mono y le tira maníes. El mono siente que le tiran maníes porque es mono, entonces se convierte en más mono para lograr que le den maníes” (DÁMASO MARTÍNEZ, 2007, p. 33)¹⁶. Por medio de esta irónica analogía, Tizón pone en discusión el problema que acarrearán estos rótulos que progresivamente comienzan a establecer estructuras enquistadas que se retroalimentan continuamente. Entonces esas etiquetas ya no contribuyen a clasificar un objeto de estudio sino a condicionar casi prescriptivamente futuras producciones y a conformar un canon cada vez más confuso y, además, esquivo a nuevas propuestas superadoras.

No obstante, el concepto de región es capaz de funcionar como útil parámetro ordenador de la literatura del continente latinoamericano. Ricardo Piglia es uno de los tantos intelectuales que ha abonado esta idea:

Yo no pienso las cosas en términos de la literatura latinoamericana. Si uno tuviera que pensar una especie de ordenamiento, tal vez tendría que hablar de áreas culturales o lingüísticas. Y podría hablar de una literatura del Caribe, una literatura del río de la Plata. Por ese lado se podrían encontrar tradiciones más próximas, trabajos con determinado tipo de transformaciones lingüísticas, más ligados a ciertos espacios que no pueden definirse en términos políticos y geopolíticos antagonicos con el orden que tiene la literatura (PIGLIA, 1990, p. 23).

Las palabras de Piglia permiten comprender la necesidad de reconfigurar el mapa de la literatura latinoamericana desechando tanto la globalidad que impone el hecho de concebirla en forma continental, esto

¹⁶ Como en esta oportunidad, a lo largo de este trabajo cada vez que citemos una entrevista realizada a Héctor Tizón indicaremos el apellido del entrevistador con el que aparece publicada.

es como un todo homogéneo, y, a la vez, invitan a pensar dicho trazado a partir de la superación de los límites nacionales. De modo que por región debe entenderse un ámbito geosociocultural que diverge de las delimitaciones nacionales. Así podría hablarse de regiones intranacionales o bien de regiones transnacionales (PACHECO, 1992, 62). Además, conviene precisar la idea de que, aplicada a la literatura, parece preferible la denominación “región literaria”, propuesta por Emilio Carilla, más afín y coherente, o bien menos segregadora que la de “literatura regional”, en relación con la literatura nacional: “[...] lo que pretendo es mostrar que entre *Literatura nacional* y *Región literaria* puede defenderse un sentido de integración que no se palpa con tanta claridad cuando hablamos de *Literatura regional*” (CARILLA, 1987, p. 89)¹⁷. De acuerdo con esto, Ángel Rama señala que la división en regiones dentro de un país tiene una tendencia multiplicadora que en casos extremos produce una desintegración de la unidad nacional. Aún más, una región determinada puede, a su vez, dividirse en subregiones. Esta tendencia no es del todo arbitraria pues se sustenta sobre la base de ciertos rasgos y elementos que marcan las diferencias entre unas regiones y otras:

Estas regiones pueden encabalar asimismo diversos países contiguos o recortar dentro de ellos áreas con rasgos comunes estableciendo así un mapa cuyas fronteras no se ajustan a las de los países independientes. Este segundo mapa latinoamericano es más verdadero que el oficial, cuyas fronteras fueron, en el mejor de los casos, determinadas por las viejas divisiones administrativas de la Colonia y, en una cantidad no menor, por los azares de la vida política, nacional o internacional (RAMA, 2007, p. 68).

Esos rasgos comunes fomentan que toda región esté indefectiblemente unida a la existencia de una conciencia y una identidad. La región de la Puna, a partir de la que Tizón conforma su mundo narrativo, es la prolongación del gran altiplano andino que abarca el sur de Bolivia, el norte de Chile (la Puna de Atacama) y el extremo noroeste de la

¹⁷ También Leonor Fleming, al estudiar la producción literaria de Héctor Tizón, Juan José Hernández y Carlos Aparicio prefiere el calificativo de narrativa del *noroeste* al de *regional* “[...] para eludir el matiz restrictivo, cuando no peyorativo, con que se usa frecuentemente el término *regional* aplicado a esta materia” (FLEMING, 1984, p. 134).

Argentina (la Puna de Jujuy). Respecto a esa área cultural, Ángel Rama observa:

La división política que reemplazó a las demarcaciones administrativas españolas, de por sí bastante arbitrarias y además acentuada por la pugna de los caudillos de la Independencia, redistribuyó la unidad entre diversas Repúblicas, las cuales tuvieron comportamientos culturales divergentes a lo largo de los siglos XIX y XX de acuerdo con las orientaciones de sus respectivas capitales: así, la zona que quedó dentro de la República Argentina ha de ser ásperamente integrada, gracias al avance liberal del siglo XIX, a los mandatos centralistas de Buenos Aires y sometida, siempre parcialmente, siempre a la rastra, a sus dictámenes modernizadores (RAMA, 2007, p. 148).

De esta cita se desprenden algunas ideas interesantes. En primer lugar, el hecho de que toda frontera genera y establece divisiones entre espacios contiguos que no siempre serían diferentes por su naturaleza, tanto geográfica como social o cultural¹⁸. La Puna es un claro ejemplo de dicha excepción. Las divisiones, por lo general arbitrarias, fundan ciertas diferencias entre dos o más espacios adyacentes, que esencialmente conforman una totalidad o, mejor dicho, una unidad: “Lo diverso es generador de fronteras en la misma medida en que la frontera es creadora de diversidad” (AÍNSA, 2002, p. 23). Los límites artificiales, es decir, determinados por los hombres y sus políticas, establecen un orden más complejo que el natural. Estas fronteras son más decisivas en el trazado de los límites de un espacio, como es el caso de una nación, que los que se

¹⁸ Fernando Ainsa compara la frontera con la piel que envuelve un cuerpo social y traza el límite del mundo particular que protege: “[...] es una piel que respira y que posee la facultad sensitiva de comunicarse con el mundo, porque toda piel delimita la extensión de un sujeto y lo ayuda a percibir el mundo desde el exterior. De ahí, entre otros signos, la ambivalencia que rodea el signo fronterizo: esa piel permeable, verdadera metáfora sensible del cuerpo social y cultural que protege, no puede prescindir de su carácter orgánico y por lo tanto, variable y sometido a influencias. De ahí también que las fronteras brotan como heridas de conflictos y rivalidades personales y se transforman en las cicatrices metafóricas del momento histórico que ha marcado propio origen” (AÍNSA, 2002, p. 30).

establecen a partir de determinados accidentes geográficos¹⁹. En tal sentido resultan interesantes las observaciones de Claudio Maíz quien en su estudio, “La cordillera de los Andes: De muro a portal. Visiones del otro a través del espacio”, aborda los cambios de percepción sobre la cordillera de los Andes en el área central de Argentina y Chile desde la colonia hasta la actualidad. Maíz entiende que a lo largo de la historia este accidente geográfico fue para algunos una barrera, un muro, un obstáculo y, por lo tanto, un símbolo de inaccesibilidad y de separación entre ambos países; mientras que para otros, conforma un espacio de interacción y, por lo tanto, de integración donde, por ejemplo, confluyen relatos tradicionales. Algo semejante, tal vez, pueda decirse respecto de la gran masa oceánica que separa o vincula a Buenos Aires de Europa. En su aspecto vinculante, es innegable que la proximidad de Buenos Aires al océano Atlántico permitió una fluida comunicación e intercambio comercial y cultural con algunos países europeos.

En el caso de Héctor Tizón, la frontera se establece como un obstáculo, al menos en los albores de su producción literaria. Al reflexionar, con la objetividad de quien mira desde la distancia que impone el tiempo, sobre la intención que lo animó a escribir sus primeras páginas, que prontamente serían desechadas por el escritor mismo, Tizón descubre que lo que por entonces le acontecía era que su mundo, sus vecinos, ese rincón que era lo único que de verdad conocía, no era estimado como un lugar de prestigio dentro de los límites nacionales. Esa tierra, como comenta el escritor, “[...] no era sino un pobre confín alto y desolado, pobre y perdido en el mundo” (TIZÓN, 2000, p. 31), que nada tenía que ver con lo que se escribía en la llamada literatura argentina: “[...] yo pensaba que jamás podría escribir como se escribía en la Argentina, tenía como modelo a los escritores del centro y creía que jamás iba a poder escribir como un escritor de Buenos Aires” (ZICAVO, 2016, p. 16). En la misma entrevista el escritor afirma: “Roberto Arlt o Eduardo Mallea²⁰ eran los escritores en

¹⁹ Pablo Heredia ha observado que “[...] el concepto de ‘región’ asume diversos contenidos (ideológicos, políticos, culturales, económicos, etc.) casi exclusivamente en lo que concierne a su ‘formación de fronteras’, que en definitiva es la que define ese espacio cultural como ‘región’, distinguida en un ‘sistema estable de significación’, simbólicamente a la manera de un mapa social y cultural (y geográfico). Las regiones, entonces, se forman como diferencias constituidas en un proceso simbólico de representación dentro de un horizonte social y cultural (fronteras), en relación a una otredad que la lleva intrínsecamente en su formación, como una tensión fundante” (HEREDIA, 2007, p. 161).

²⁰ No es casual que Tizón haga referencia a Mallea pues, como señala Ángel Rama, “[...] es un ejemplo paradigmático de la escritura culta” (RAMA, 2008, p. 70).

boga para los jóvenes de entonces, y para mí, escribir como ellos era absolutamente imposible, era como querer escribir, distancias más, distancias menos, como un literato de Bulgaria” (idem, p. 18)²¹. El desgarramiento producido por aquellos sentimientos de exclusión y de marginación respecto del mapa de la literatura nacional, que embargaron al escritor por aquellos años, explica, aunque más no sea en parte, su condición de artista demorado²².

Con respecto a estas observaciones de Héctor Tizón, resultan interesantes los aportes de Fernando Aínsa quien considera que la frontera puede entenderse “[...] tanto en su dimensión de límite protector de diferencias, como en la de línea que invita al pasaje y a la transgresión” (TIZÓN, 2002, p. 19)²³. De este modo, al mismo tiempo que protege y propicia contactos, la frontera funda nuevos espacios en sus propios límites. En efecto, quizá resulte más ajustado a lo real hablar de zonas fronterizas que de fronteras pues las divisiones nunca son delimitaciones precisas como las que se observan en los mapas. En estos espacios se amortiguan las diferencias más evidentes y surgen nuevas realidades lingüísticas, sociales, étnicas y culturales²⁴. Fernando Aínsa señala, además, que esas franjas son “límites extremos” respecto a un centro, en las que

[...] puede darse en forma más explícita la pugna entre la tradición reivindicada y codificada por el centro y la innovación que penetra y erosiona desde la periferia

²¹ En otra oportunidad el escritor ha expresado la misma idea: “Yo no puedo escribir como Roberto Arlt o Mujica Láinez. Evidentemente hablamos un idioma parecido pero yo no puedo escribir así. Tampoco puedo escribir como los clásicos de la biblioteca de mi padre, que eran los del Siglo de Oro español, Calderón de la Barca, Quevedo, Galdós. La gente no me iba a entender, porque yo no hablaba así” (DA COSTA, 2007, p. 74).

²² Su primer libro fue una colección de cuentos que aparece publicada en México en 1960 por la editorial De Andrea con el sugestivo título de *A un costado de los rieles* y fue prologado por el escritor Demetrio Aguilera Malta.

²³ En algún ensayo, Tizón escribió: “El Norte ha sido siempre para mí una referencia mágica, no así el Sur, al que relacionaba con lo extraño y ajeno [...] Además, al norte estaba la *frontera*, otra palabra mágica, la linde, el límite marcado por un grueso trazo, donde otros hombres creían en otras cosas, vivían de otra manera, y tal vez tendrían otra apariencia. Mi tendencia a viajar, a desplazarme de un lado a otro, a abandonarlo todo y quemar mis naves, provienen – así lo creo– de haber nacido montañés y fronterizo” (TIZÓN, 2000, p. 167).

²⁴ Victoria Cohen Imach entiende la frontera como un signo de salud para cualquier cultura: “Toda cultura que se aísla y que no se coloca en la frontera con las demás, en la interacción y en el intento de mirarse en el espejo que le devuelven de sí las demás, corre el riesgo de envejecer” (COHEN IMACH, 1994, p. 123).

fronteriza, dialéctica del movimiento centripeto y centrifugo que consideramos fundamental para explicar la identidad cultural de Hispanoamérica” (AÍNSA, 2002, p. 28)²⁵.

En este sentido, y así también lo entiende Ainsa, Buenos Aires se ubica geográficamente en una zona de frontera²⁶; en tanto que, en el caso de la región noroeste de la Argentina, la idea de frontera se aproxima, al punto de confundirse, con la noción de confín, es decir, el punto más alejado de un centro, ya no geográfico sino cultural como es Buenos Aires, foco desde el que se irradia la cultura rioplatense.

De las palabras de Ángel Rama citadas anteriormente se desprende en segundo lugar, pero en estrecha relación con la primera observación, una de las principales consecuencias de la estructuración geopolítica de la Argentina en un orden centro/periferia²⁷, que repercute directamente en la estructuración de su cultura, es decir: “[...] la apropiación de la definición

²⁵ En efecto, Fernando Ainsa observa la presencia de dos movimientos que han marcado la historia cultural del continente: uno centripeto y otro centrifugo. El primero considera que la autenticidad y las verdaderas raíces de la identidad se preservan en el interior secreto de América: “Formas de vida sencillas y expresiones autóctonas, exógenas y bien diferenciadas, tanto en lo étnico como en lo cultural, se reivindican como válidas en un mundo amenazado de aculturación y homogeneización” (AÍNSA, 2002, p. 22). En tanto que para el otro movimiento: “[...] la identidad americana es el resultado de un juego inevitable de reflejos entre el Viejo Mundo (o si se prefiere la llamada ‘cultura occidental’) y el Nuevo, espejos que se reenvían signos, imágenes, símbolos y mitos de todo tipo, como centro de alusiones inmigratorias, de un variado y profundo mestizaje y de una transculturación abierta a influencias y a culturas provenientes de todos los horizontes” (idem, p. 23). Según Ainsa esta dicotomía, lejos de haber sido superada, alienta todavía no pocos debates en el continente: “[...] conflictos no dirimidos dividen y siguen oponiendo en América Latina a ‘provincianos’ y ‘extranjerezantes’, la ‘capital-puerto’ al ‘interior-campo’, los ‘arraigados’ a los ‘desarraigados’, la tradición a la modernidad, la cultura endógena a la exógena, la cultura periférica a la metropolitana, los celosos guardianes de la identidad a los entusiastas transculturadores, los puristas a los mestizos, las fronteras abiertas a las cerradas” (idem, p. 32-33).

²⁶ Dice Ainsa: “Las capitales de los estados que son fronterizos operan como centro de las propias realidades nacionales, aunque estén situados en su periferia geográfica generalmente en la costa, como sucede con Buenos Aires en la Argentina, Lima en Perú y Montevideo en Uruguay, contradicción estructural que pretendió corregir el Brasil levantando la capital de Brasilia a partir de una voluntad política de ‘recentramiento’ en un centro geométrico del territorio nacional” (AÍNSA, 2002, p. 28).

²⁷ Zulma Palermo señala sobre esta dialéctica iniciada en Argentina a mediados del siglo XIX y que tiene una persistencia significativa: “Debajo de una multiplicidad de denominaciones – cada una de ellas expresiva de las concepciones en las que emergen (y de las cuales la de mayor relevancia académica fue y sigue siendo la oposición civilización/barbarie)– subyace la *condición colonial* de las llamadas sociedades marginales, subdesarrolladas, periféricas o subalternas” (PALERMO, 2005, p. 35).

de lo ‘nacional’ por Buenos Aires, y la inclusión de lo que se desarrollaba más allá de sus límites bajo el concepto de ‘regional’” (COHEN IMACH, 1993, p. 201). En efecto, más allá de la región metropolitana se extiende otra vasta región denominada “Interior” que se subdivide a su vez en otras regiones. Una de ellas es la conformada por las provincias históricas, llamadas así por su activa participación en las gestas de la Independencia nacional, y que se ubican en el extremo noroeste argentino: Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja²⁸, y Santiago del Estero.

En esta región entran en contacto dos influjos: el que proviene de la capital, es decir, desde el puerto de Buenos Aires, en relación con el panorama internacional, y el que efectúa la cultura regional como respuesta a ese impacto metropolitano. Estos procesos se ven acelerados en el siglo XX con la influencia de los medios masivos de comunicación. Así, la región Noroeste de la Argentina se convirtió en un espacio de tensión o una zona fronteriza entre la región andina, de fuerte impronta incásica, y la rioplatense, conservando un vínculo de doble dependencia que se trama sobre las dicotomías: centro/periferia, norte/sur, pasado/presente²⁹. Así esta región se inscribe en un mapa que no responde del todo a las arbitrarias demarcaciones de las fronteras políticas sino a los desiguales contornos de una cultura de plurales rostros. Una zona que supo tener momentos de relativo esplendor como en el siglo XVIII, gracias a su cercanía geográfica respecto del floreciente Virreinato del Perú; o bien, durante las primeras décadas del siglo XX, cuando se concertó el trazado de las líneas del ferrocarril camino hacia el norte, convirtiendo a la región en un lugar estratégico³⁰, para luego quedar suspendida en el pasado,

²⁸ Aunque actualmente se incluye a esta provincia en la región denominada “Nuevo Cuyo”, por razones ecológicas y fisiográficas en general La Rioja es evidentemente parte de la región Noroeste del país. La tradicional región de Cuyo es la que tuvo sus fundaciones españolas desde la llamada “Corriente del Oeste” y, por esto, perteneció a la Capitanía General de Chile hasta que en 1777 se creó el Virreinato del Río de La Plata. En cambio La Rioja fue poblada por los españoles que vinieron en la llamada “Corriente del Norte” y nunca perteneció a la Capitanía General de Chile.

²⁹ Como ha observado Leonor Fleming: “Frente a la prosperidad y a la riqueza de la ‘pampa húmeda’, y al vértigo cosmopolita del sur, el norte significa quietud, pobreza, arraigo, identidad: ambiente austero y ensimismado que concuerda con el paisaje yermo de unas tierras altas y frías, casi despobladas” (FLEMING, 1984, p. 132).

³⁰ La llegada del tren a esas tierras fue, según ha dicho Tizón, producto de la voluntad de políticos cuyo discurso tendía a la integración del país y gracias a los cuales se había decidido el trazado de los rieles por los postergados pueblos de Jujuy, rescatándolos de su oscuro destino de frontera (TIZÓN, 2000, p. 90). El pueblo de Jujuy aún hoy recuerda el célebre discurso del

completamente abandonada a su destino y definitivamente aislada del contacto del progreso exterior. Precisamente esta ubicación fronteriza de la región hace que su literatura se sitúe “[...] en el punto de unión de dos vertientes de la literatura hispanoamericana que sintetiza, por un lado, el realismo mestizo y rural de los pueblos de fuerte tradición indígena, y, por otro, el vanguardismo urbano del Río de la Plata” (FLEMING, 1984, p. 133). Tizón con su obra narrativa viene a llamar la atención sobre algo tan obvio como olvidado: que la Argentina también forma parte de América Latina, que ella también tiene un profundo legado aborigen que gracias a la labor de escritores como Tizón resulta revitalizada por medio de una certera producción literaria. Aún más, consciente de esta escisión artificial que partió en dos –al menos en los mapas– el lugar geográfico en la que transcurrió su vida y desde el que escribió su obra, en una entrevista Tizón llegó a sostener: “Vivo en un lugar que no tiene nada que ver con la literatura pampeana o rioplatense, sino con la cultura Altooperuana. En el norte de Argentina somos Altooperuanos. Por una separación caprichosa del Virreinato, nosotros quedamos dentro del Río de la Plata” (SANTILLÁN, s/d, p. 1). En otra entrevista, Tizón reafirma esa condición o pertenencia a la cultura altooperuana al señalar que “[...] en realidad el país nació aquí, en el Alto Perú. La gente que estudió, para darle forma después a los movimientos independentistas del país, estudió en Chuquisaca, no en Córdoba, ni en Buenos Aires. A pesar de eso, la política que vino después, desmanteló el interior y la década del 90 lo terminó de liquidar” (MULEIRO, 2004, p. 8). Por medio del adverbio determinativo “aquí”, seguido inmediatamente de la aclaración “en el Alto Perú” cuando su mensaje se emite desde la provincia de Jujuy, Tizón niega, o al menos pone en discusión, la validez o vigencia de la frontera que enmarca o acota a región noroeste de la Argentina dentro de los límites nacionales.

Ahora bien, ese vínculo con la cultura altooperuana no siempre fue una certeza para Héctor Tizón. Anteriormente comentábamos que la producción literaria de este escritor se vio demorada por cierta incomodidad originada por la ubicación marginal dentro del mapa de una literatura nacional. Esta condición comenzaría a cambiar cuando en 1958, Héctor Tizón viaja a México en calidad de agregado cultural. A poco de estar en aquel país comprendió que la frontera contra la que se apretaba el

Senador Pérez que se expresó a favor del trazado de los rieles que se dirigían hacia la frontera con Bolivia por Jujuy en detrimento de los intereses de Salta. También Mitre habría apoyado esta iniciativa, según Tizón escuchó decir a los hombres más viejos de la zona (idem, p. 83 y 89).

pequeño rincón de su infancia únicamente respondía a un arbitrario decreto impuesto en tiempos de la colonia; y, entonces, para Tizón aquella comarca, marginada en su país, se integró a un territorio más vasto, en el que se hundían y nutrían las raíces de la cultura que le transmitieron las mujeres de su casa, fundamentalmente sus niñeras aborígenes. En este sentido, México no significó para Tizón un descubrimiento sino un redescubrimiento de los materiales que, al comenzar a escribir, había desestimado pues nada tenían que ver con lo que por entonces se escribía en la sedicente literatura argentina. El encuentro con aquella “América interior, profunda, mestiza y no acabada de casar” amplía y renueva su percepción del espacio y la cultura que lo maravillaron desde la infancia. En su libro *El resplandor de la hoguera*, registra algunas de las impresiones suscitadas por el encuentro con esa verdadera América: “Apenas me instalé en México, sentí que era mi país recóndito y secreto, y que su cultura y todo lo que de ella emanaba me comprendía y abarcaba mucho más que lo que se llamaba, en mi propio país, la cultura pampeana o portuaria” (TIZÓN, 2008, p. 64). Este descubrimiento le dio, como ha dicho el escritor, “[...] mucha más fuerza y ánimo para publicar” (DA COSTA, 2007, p. 65).

Las certezas que necesitaba para asumir esa vocación de escritor demorada, llegaron para Tizón tras advertir que en el panorama de las letras latinoamericanas otros escritores habían emprendido proyectos semejantes a los que él por entonces se proponía. Narradores como su amigo Juan Rulfo; su admirado maestro, el peruano José María Arguedas, el brasileño João Guimarães Rosa; el paraguayo Augusto Roa Bastos, el colombiano Gabriel García Márquez, sólo por citar algunos nombres representativos, habían elaborado sus obras con los materiales que sus respectivas regiones les ofrecían pero con técnicas y estructuras narrativas que habían llegado al continente con la modernidad.

Como oportunamente ha señalado Carlos Pacheco, estos escritores que con sus obras proponen una transformación o superación del regionalismo tradicional y componen una “suerte de equipo intelectual” nunca llegaron a reunirse concretamente como grupo literario. No obstante sus propuestas estéticas y proyectos narrativos permiten advertir aspectos comunes que de una manera u otra los aproximan. Hay en la obra de estos narradores una cercanía entre sus temas obsesivos, una preocupación y un interés similar hacia las culturas de sus respectivas regiones, además de asombrosas analogías entre algunas de las técnicas narrativas con las que construyeron sus obras. Semejanzas originadas, tal

vez, a partir de ciertos rasgos afines entre las culturas de las que provienen, es decir, de una especie de sustrato común. Pacheco señala, además, la existencia de numerosos y documentables vínculos “factuales” y relaciones “directas” entre estos escritores. Y, aún más interesante, apunta que hay “una red de interreferencias explícitas mutuas, tanto en la obra crítica y ensayística, como en la intertextualidad de los relatos” (PACHECO, 1992, p. 57) de estos narradores. Vínculos explícitos que no dejan de ser una clara evidencia del conocimiento e interés mutuo. La proximidad de estas propuestas denota la posibilidad de pensar, como lo proponía Antonio Cornejo Polar en la existencia en América Latina de regiones sin contigüidad espacial, es decir, dispersas en el continente, pero vinculadas por el parentesco de sus bases históricas, de sus estructuras sociales, económicas, políticas, o de su tipo de composición etnocultural. Para ilustrar esto bastaría con recordar una anécdota referida por Tizón:

En cuanto a Rulfo hay gente que me encuentra cierto parentesco con él [...] Fuimos muy amigos. Nos contábamos historias. Él decía ‘eso sucedió en mi tierra’, ‘no, decía yo, eso sucedió en la **puna**’. Es que en lo esencial la gente de acá y la de su tierra son muy parecidas (GILIO, 1975, p. 44).

En el discurso de Héctor Tizón, nos referimos especialmente a sus ensayos y entrevistas, aparecen dos ideas muy claras. Por un lado, en su relación con la literatura nacional, en la que se percibe y concibe como un excéntrico. Desde esta perspectiva el escritor mismo siente que vive y escribe desde un confín, en el que se halla marginado. Esta condición se establece a partir de la distancia no sólo espacial con la región metropolitana sino también con la cultura rioplatense que se irradia desde allí. Por el otro, se advierte la exaltación de un vínculo con la literatura latinoamericana en el marco de una estrecha identificación con la cultura altoperuana. De este modo el escritor busca desprenderse del adjetivo peyorativo de regionalista que los críticos argentinos, por lo general desde Buenos Aires, intentan imponer a su obra. La segunda idea propone el establecimiento de un contexto supranacional en el que el escritor enmarca su obra, y en el que se siente más cómodo y amparado. Esta proyección se logra con la declaración de proximidad que Tizón establece con los proyectos escriturarios de otros escritores latinoamericanos, fundamentalmente con los que Ángel Rama denomina como escritores de la transculturación.

BIBLIOGRAFÍA

AÍNSA, Fernando. La frontera: ¿Límite protector de diferencias o espacio de encuentro y transgresión?. En: Menene GRAS BALAGUER, Emma MARTINELL y Antonio TORRES TORRES (coord.). *Fronteras: Lengua, cultura e identidad*. Barcelona: Institut Català de Cooperació Iberoamericana, 2002: 19-87.

AÍNSA, Fernando. *Del canon a la periferia: Encuentros y transgresiones en la literatura uruguaya*. Montevideo: Trilce, 2002.

BAUMGART, Claudia; CRESPO DE ANAUD, Bárbara; LUZZANI BYSTROWICZ, Telma. La poesía del Noroeste: Manuel J. Castilla. En *Capítulo. Historia de la literatura argentina*. Vol. V. Buenos Aires: C.E.A.L., 1981: 170-192.

CANAL FEIJÓO, Bernardo. *Confines de occidente: notas para una sociología de la cultura americana*. Buenos Aires: Raigal, 1954.

CÁNDIDO, Antonio. Literatura y subdesarrollo. En Fernández Moreno, César (coord.). *América Latina en su literatura*. (10ª. ed.). México: Siglo XXI, 1986: 335-353.

CARILLA, Emilio. El método generacional: posibilidades y limitaciones. En *La periodización de la literatura argentina: Problemas, criterios, autores, texto; Actas del IV Congreso Nacional de Literatura Argentina*. Tomo II. Mendoza: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, 1987: 83-126.

CASTELLINO, Marta Elena. El tema del mal, la redención y la culpa en *El hombre que llegó a un pueblo de Héctor Tizón*. En: *Hispanismo en la Argentina: en los portales del siglo XXI*. San Juan: Universidad Nacional de San Juan, 2002: 125-135.

COHEN IMACH, Victoria. Estrategias de la memoria en el campo intelectual bonaerense: el caso del Centro Editor de América Latina. En

Actas del VII Congreso Nacional de Literatura Argentina. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 1993. 15-24.

COHEN IMACH, Victoria. *De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la argentina de los sesenta*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 1994.

DA COSTA, Ana. *Héctor Tizón: Un ejemplar de frontera*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2007.

DÁMASO MARTÍNEZ, Carlos. Héctor Tizón: Lo más real de los hombres son los sueños. En Dámaso Martínez, Carlos. *El arte de la conversación: Diálogos con escritores latinoamericanos*. Córdoba: Alción, 2007: 29-39.

FLEMING, Leonor. Una literatura del interior: el noroeste argentino. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 408, 1984: 132-145.

FLEMING, Leonor. Predestinado a la frontera. En: TIZÓN, Héctor. *Cuentos completos*. Buenos Aires: Alfaguara, 2006: 11-34.

GILIO, María Esther. Mateando con el diablo y los muertos (Entrevista). *Crisis* n° 21, 1975: 40-47.

HEREDIA, Pablo. ¿Existen las regiones culturales? Introducción, crítica y proyecciones de los estudios geoculturales. *Silabario*, VII n° 7, 2004: 103-111.

HEREDIA, Pablo. Regionalizaciones y regionalismos en la literatura argentina. Aproximaciones a una teoría de la región a la luz de las ideas y las letras en el siglo XXI. En Castellino, Marta Elena (Coord.). *Literaturas de las regiones argentinas II*. Mendoza: Dunken, 2007: 155-182.

MAÍZ, Claudio. La Cordillera de los Andes: de muro a portal: visiones del otro a través del espacio. En: *Revista de literaturas modernas*, n° 37-38, 2007: 113-156.

MASSEI, Adrián Pablo. *Héctor Tizón: Una escritura desde el margen*. Córdoba: Alción, 1998.

MULEIRO, Vicente. Al borde del abismo (Entrevista). *Ñ*, revista cultural n° 49, 2004: 6-9.

PACHECO, Carlos. *La comarca oral: la ficcionalización de la oralidad cultural en la narrativa latinoamericana contemporánea*. Caracas: La Casa de Bello, 1992.

PALERMO, Zulma. *Desde la otra orilla: pensamiento crítico y políticas culturales en América Latina*. Córdoba: Alción, 2005.

PIGLIA, Ricardo y SAER, Juan José. *Diálogo Piglia-Saer: Por un relato futuro*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1990.

PRINCIPI, Ana. Morder la manzana para conocer su sabor. *Orbis Tertius*, año VIII n° 9, 2003: 67-77.

RAMA, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: ediciones El Andariego, 2007.

RAMA, Ángel. *La novela en América Latina: Panoramas 1920-1980*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008.

REAL, Carmen. La narrativa de Héctor Tizón: una epopeya de la derrota. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 380, 1982: 419-231.

SAER, Juan José. *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Ariel, 1998.

SANTILLÁN, Juan José. El hombre siempre escribe con la memoria. *Periódico Cubarte*.

En línea: <<http://www.cubarte.cult.cu/periodico/otros-medios/7547/7547.html>>. Consultado el 4 de marzo de 2013.

SKÁRMETA, Antonio. Al fin y al cabo, es su propia vida a cosa más cercana que cada escritor tiene para echar mano. En RAMA, Ángel (ed.) *Más allá del boom: literatura y mercado*. Buenos Aires: Folios, 1984: 263-286.

TIZÓN, Héctor. *No es posible callar*. Buenos Aires: Taurus, 2004.

TIZÓN, Héctor. *El resplandor de la hoguera*. Buenos Aires: Alfaguara, 2008.

TIZÓN, Héctor. *Tierras de frontera*. Buenos Aires: Alfaguara [Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy y Secretaría de Cultura de la Provincia], 2000 [1998].

ZICAVO, Eugenia. Héctor Tizón. Desde la frontera (Entrevista). *Rumbos*, año 4, n° 159, 2006: 16-20.

Recibido em: 30/06/2016

Aceito em: 18/07/2016